

Unidad 9

- La corporeidad

9.1 Cuerpo humano y cuerpo no humano.

9.2 El lenguaje del cuerpo: el cuerpo humano como expresividad y manifestación de la intimidad.

9.3 Carácter sexual del cuerpo humano

LA CORPOREIDAD

ESQUEMA

I. Cuerpo humano y cuerpo no-humano

II. El lenguaje del cuerpo: el cuerpo humano como expresividad y manifestación de intimidad.

Excursus: el concepto de «cuerpo humano» en santo Tomás.

III. Carácter sexual de cuerpo humano

1. El lenguaje del cuerpo sexual.
2. La dualidad sexual.
 - a) *Diversidad y complementariedad.*
 - b) *Diferencias anatómicas y morfológicas.*
 - c) *Diferencias psíquicas.*
 - d) *Distintos, pero complementarios y con los mismos derechos.*
3. Lo específico de la sexualidad humana.
 - a) *El significado «humano» de la sexualidad.*
 - b) *La sexualidad es más amplia que la función genital.*
 - c) *Consecuencias prácticas para la virtud de la castidad.*
 - d) *Características específicas de la sexualidad humana.*
 - 1) *Incongruencia de las curvas de excitación masculina y femenina.*
 - 2) *La ausencia de períodos de celo.*
 - 3) *La excitación y la emoción.*

La existencia de cada hombre es un evento único, exclusivo; la corporeidad juega aquí un papel importante. La diversidad de rostros expresa la singularidad de cada hombre; por, ello cada uno exige que se le llame por su nombre propio. En el cuerpo humano se refleja un rayo del esplendor de Dios Creador. Decía san Juan Crisóstomo que nada es más apto para hacemos admirar y alabar la habilidad del Sumo Artista que el arte infalible manifestado en la creación de nuestro cuerpo.

La reflexión sobre la corporeidad ha adquirido particular fuerza en el pensamiento contemporáneo el cual, abandonando un dualismo residual de los siglos pasados, considera al hombre en su existencia concreta como ser-en-el-mundo y como espíritu en el mundo¹. Así, la corporeidad constituye parte esencial del hombre; en este sentido el pensamiento contemporáneo se aleja cada vez más de la ficción cartesiana del hombre definido como *res cogitans*².

La definición del hombre como cuerpo y alma no agrada mucho a los filósofos contemporáneos³, no sólo porque cuerpo y alma son algo con lo que el hombre se ha encontrado al nacer, sino porque es difícil y arriesgado pretender seccionar el todo humano en alma y cuerpo. No porque no sean distintos, sino porque no hay modo de determinar dónde termina nuestro cuerpo y dónde comienza nuestra alma.

I. CUERPO HUMANO Y CUERPO NO HUMANO

El hombre pertenece, como el mineral, al género «cuerpo» y ocupa, como él, un espacio, tiene figura y color, es visible y tangible. Desde el punto de vista psico-fisiológico el tacto es quien mejor muestra la corporeidad. En él se presentan siempre juntas e inseparables dos cosas: el cuerpo que tocamos y nuestro cuerpo con que lo tocamos; es una relación entre un cuerpo externo y nuestro cuerpo. El mundo que nos rodea se compone de cosas que son

¹Es conocido el libro de Karl Rahner, *Geist in Welt. Zur Metaphysik der endlichen Erkenntnis bei Thomas von Aquin*, München 1957.

² R. Descartes, *Meditationes de prima philosophia*, A.T., vol. VII, p. 222

³ Cfr. M. Scheler, *Die Stellung des Menschen im Kosmos*, München 1949²; G. Marcel, *Du refus à l'invocation*, Paris 1940; J. Ortega y Gasset, *El hombre y la gente*, en *Obras Completas*, vol. VII, pp. 71 ss.

cuerpos; y lo son porque chocan con lo que es más próximo al hombre: su cueipo. «Nuestro cuerpo -dice Ortega y Gasset- hace que sean cuerpos todos los demás y lo sea el mundo»⁴.

Para el «espíritu puro» los cuerpos no existen, porque no puede chocar contra ellos, sentir sus presiones. Ser cuerpo significa, pues* poseer unas notas *espacio-temporales* que permitan el choque, el tacto y el contacto. Pero si es verdad que el hombre pertenece al género cuerpo, ¿el cuerpo humano es «cuerpo» en el mismo sentido que es cuerpo un mineral? Parece que no. Más aún, el cuerpo del hombre, aunque pertenezca al género «cuerpo» y ocupe espacio como el mineral, se diferencia de éste como una especie de otra. Obviamente no se trata de averiguar si la química puede reducir a los mismos elementos tanto un organismo humano y uno que no lo es, sino de subrayar que el complejo fenómeno «cueipo humano» es esencialmente diverso del cuerpo no-humano.

El hombre pertenece al mundo visible, es cuerpo entre cuerpos, pero no es cuerpo como los otros cuerpos. El cuerpo, mediante el cual el hombre participa del mundo creado visible, es un «cuerpo humano», que lo hace consciente de ser distinto de los otros cuerpos. En el ámbito de la fenomenología husserliana se ha formulado la distinción entre *Körper* y *Leib*, que nos permite distinguir el cuerpo como simple objeto del cuerpo como presencia subjetiva. El primero corresponde al cuerpo que resulta de una consideración puramente externa, como podría ser analizado y conceptualizado desde la biología. El segundo se refiere al cuerpo real en cuanto es experimentado por el sujeto mismo, como expresión directa de su identidad. Max Scheler desarrolla, con particular amplitud, esta distinción buscando demostrar la originalidad del *Leib* como forma unitaria de todas las sensaciones orgánicas, que lo diferencia, sea del mundo espiritual (*Geist*), sea del psíquico (*Ich*), sea del mundo del cuerpo físico (*Körper*). La originalidad del *Leib* surge del hecho de que cada hombre es completamente consciente de la presencia de su cuerpo y de la percepción externa de la misma en una unidad de

⁴ J. Ortega y Gasset, *El hombre y la gente*, en *Obras completas*, vol. VII, p. 125.

identidad que no permite la reducción del *Leib* a una u otra⁵; el *Leib* es la forma unitaria de todas las sensaciones orgánicas y la que hace que sean sensaciones de tal cuerpo humano y no de otro⁶.

Se podría decir que el cuerpo humano no se diferencia esencialmente del cuerpo no-humano ni por su color, ni por la figura; de hecho, podrían coincidir en lo visible. El cuerpo humano difiere esencialmente del cuerpo no-humano no por la composición química, sino porque éste es todo exterioridad, mientras que aquél es *además* exteriorización de algo esencialmente interno. Una simple constatación fenomenológica sobre nuestro comportamiento nos manifiesta la diversa actitud que asumimos ante una piedra, un árbol, un gato, y ante lo que se nos presenta como humano. Esta distinción se basa en el hecho de que prevemos más allá de lo que vemos.

II. EL LENGUAJE DEL CUERPO: EL CUERPO HUMANO COMO EXPRESIVIDAD Y MANIFESTACION DE INTIMIDAD

Cuando vemos el cuerpo de un hombre, no vemos un cuerpo sino un hombre, porque el hombre no es sólo un cuerpo sino, tras el cuerpo, un alma, psique, espíritu, persona. «El hombre exterior - dice Ortega- está habitado por un hombre interior; tras el cuerpo está emboscada el alma»⁷. El hombre es, por esencia, intimidad; a diferencia de todas las realidades del universo, lo humano es un arcano secreto que se revela mediante la corporeidad. La intimidad del hombre no ocupa espacio; por ello necesita de la materia para revelarse y se hace presente mediante el cuerpo; en él se proyecta, en él se imprime, en él se manifiesta.

Esta temática ha sido repetidamente asumida por los filósofos existencialistas, desde Martin Heidegger en *Sein und Zeit* a J.-P. Sartre en *L'Être et le néant*. El resultado ha sido la afirmación del cuerpo como campo expresivo e integrante de la totalidad de la

⁵ M. Scheler, *Der Formalismus in der Ethik und die materiale Wertethik*, en *Gesammelte Werke*, vol. II, pp. 397 ss.

⁶ M. Scheler, *Der Formalismus....* pp. 398 ss.

⁷ J. Ortega y Gasset, *Sobre la expresión del fenómeno cósmico*, en *Obras completas*, vol. II, p. 578.

persona. El cuerpo no es algo que yo poseo, el cuerpo que yo vivo en primera persona soy yo mismo⁸. Mi cuerpo no es sólo un modo de actuar sobre el mundo, sino la condición imprescindible de habitarlo y de vivir mi experiencia irrepetible en él⁹. No tengo otro modo de conocer mi cuerpo que viviéndolo. El cuerpo humano participa plenamente en la realización del yo espiritual, y la constituye.

La corporeidad es expresión de interioridad. No vemos nunca el cuerpo de un hombre como simple cuerpo, sino siempre como *cuerpo humano*; es decir, como una forma espacial cargada de referencias a una intimidad. En el cuerpo mineral la percepción termina en su aspecto exterior. En el cuerpo humano, el aspecto exterior no es un término donde concluye nuestra percepción sino que nos lanza hacia un más allá, a algo que él manifiesta. El cuerpo humano va más allá de la simple corporeidad animal porque, en cuanto humano, lleva en sí mismo la vitalidad interior: el alma.

El cuerpo humano es tal en cuanto animado internamente; es, por tanto, erróneo decir que primero vemos en el hombre sólo un cuerpo igual al mineral y, después, en virtud de ciertas reflexiones, insuflamos en él mágicamente un alma. La verdad es exactamente lo contrario: nos cuesta un gran esfuerzo de abstracción ver en el hombre sólo su cuerpo mineralizado. La corporeidad nos presenta, de golpe, el cuerpo y el alma en una unidad indisoluble. Esta unidad no consiste en que veamos juntos el cuerpo y el alma, sino en que ambos forman una estructura peculiar: *el hombre*.

Cuando veo a otro hombre, su presencia sensible me da de él un

⁸P. Prini, *Il corpo che siamo*, Sei, Torino 1991, p. 67: «Las cosas se hacen menos claras cuando nos damos cuenta de que *nuestro cuerpo somos nosotros mismos*, más que encontramos ante él como ante una cosa que poseer, vestir y disfrutar».

W. Luijpen, *Existential phenomenology*, Louvain 1963, p. 188, critica el hecho de que se trate al cuerpo como un objeto de posesión: «Mi cuerpo no es un objeto de “posesión”... mi cuerpo no es algo externo a mí. No puedo disponer de mi cuerpo ni cederlo... Todo esto deriva de que mi cuerpo no es “un” cuerpo sino mi cuerpo».

K. Wojtyła, *The acting person*, p. 203., asume una posición distinta: la pertenencia del cuerpo al yo no consiste en una identificación con él.

⁹G. Marcel, *Journal métaphysique*, Gallimard, París 1935¹⁰, p. 273: «Las cosas existen para mí en la medida en que las considero como prolongación de mi cuerpo».

cuerpo que manifiesta una forma particular, que se mueve, que tiene comportamientos externos y visibles. Pero lo extraño y misterioso es que, viendo sólo la figura externa y los movimientos corporales, vemos en ellos algo esencialmente invisible, algo que es pura intimidad: su pensar y su querer.

La corporeidad es el modo específico de existir del espíritu humano: el cuerpo revela al hombre, expresa la persona. Las palabras del Génesis 2, 23 hablan claramente de ello: «*Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne*». El hombre pronuncia estas palabras como si sólo ante la vista de la mujer pudiese identificar lo que los hace semejantes el uno al otro y también lo que manifiesta la humanidad. A la luz del análisis anterior de todos los «cuerpos» que el hombre definió conceptualmente llamándolos *animalia*, la expresión «*carne de mi carne*» adquiere justamente este significado: el cuerpo revela al hombre. La homogeneidad somática y el dinamismo manifestado en él, no obstante la diversidad de la constitución unida a la diferencia sexual, son tan evidentes que el hombre (varón) lo expresa de inmediato reconociendo a otro hombre (mujer) semejante a él.

El cuerpo humano, quieto o en movimiento, es un semáforo que envía de modo ininterrumpido las más variadas señales de lo que pasa en el *dentro* que es el otro hombre. Ese *dentro*, esa intimidad, no está nunca presente, pero es co-presente, como lo es la cara oculta de la luna. La fisonomía de ese cuerpo, su mímica y pantomímica, los gestos y las palabras, manifiestan que hay allí una intimidad semejante a la mía. El cuerpo es un campo expresivo muy fértil. Incluso el modo de percibir el cuerpo humano es distinto del modo como percibimos otros objetos; de hecho, hay en el cuerpo humano un factor interior que, al percibirlo, manifiesta que no es sólo un objeto externo sino un «alguien» lleno de intimidad.

Todo esto sería imposible sin una intuición típicamente humana del significado del propio cuerpo. El hombre es un sujeto no sólo por su autoconciencia y autodeterminación, sino también por su propio cuerpo. Su estructura corpórea es tal que le permite ser autor de actos específicamente humanos. En esta actividad el cuerpo expresa la persona. Así, en toda su materialidad, se hace penetrable y transparente a

fin de evidenciar su ser hombre. El cuerpo caracteriza al individuo; cada uno es un individuo, indicado y reconocido como tal porque tiene un cuerpo¹⁰. En el ámbito de la percepción del cuerpo humano, la percepción¹⁰ de «mi cuerpo» es distinta de la percepción del «cuerpo del otro». No es sólo una diferencia de perspectiva. La verdad es que eso que llamo «mi cuerpo» se asemeja muy poco al «cuerpo del otro». La razón es que mi cuerpo no es mío sólo porque se presenta como lo más cercano; esto sería una razón espacial. Es *mío* porque es el instrumento inmediato para relacionarme con las cosas. Mi cuerpo es percibido desde dentro de él, es el «intra-cuerpo».

El cuerpo hace del hombre un personaje *espacial*. Me coloca en un lugar y me excluye de todos los demás. No me permite ser ubicuo. «En cada instante me clava como un clavo en un lugar y me destierra del resto. El resto, es decir, las cosas del mundo, están en otros sitios y sólo puedo verlas, oír las y tal vez tocarlas desde donde yo estoy. El lugar donde yo estoy lo llamamos *aquí*, y el fonema mismo castellano por su acento agudo y su fulminante caer en sólo dos sílabas, del *a* tan abierto al *i* tan puntiagudo, y por su acento tan vertical, expresa maravillosamente ese mazazo del destino que me clava como un clavo... *aquí*». Yo puedo cambiar de lugar, pero ese será siempre mi *aquí*. Considerando con atención este tema, Husserl revela que mi «propio cuerpo» hace que yo me encuentre siempre *aquí*, y no tenga la posibilidad de alejarme de él o de alejarlo de mí: «para el propio yo, el propio cuerpo tiene un lugar privilegiado, determinado por el hecho de llevar en sí el punto cero de todas estas orientaciones (encima, debajo, derecha, izquierda, etc.) ...siempre es caracterizado por el modo del último y central “aquí”, un aquí que no tiene otro fuera de sí, porque en relación con ese sería un “allí”. Así, todas las cosas del mundo que nos circunda¹¹ ¹² tienen una orientación con relación al cuerpo... Lo “lejano” está lejos de mí, de mi propio cuerpo»¹³.

¹⁰ C. Fabro, *Problemi dell'esistenzialismo*, p. 86.

¹¹ J. Ortega y Gasset, *El hombre y la gente*, en *Obras completas*, vol. VII, p. 125.

¹² Nótese la afinidad con el pensamiento de Ortega y Gasset; el mundo se caracteriza justamente como «circunstante» en cuanto se ubica alrededor (*circumstat*) del «aquí» del propio cuerpo. Cfr. J. Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, en *Obras completas*, vol. I, p. 319; «¡La circunstancia! Circunstancial ¡Las cosas mudas que están en nuestro próximo derredor!».

¹³ E. Husserl, *Ideen zu einer reinen Phänomenologie und phänomenologischen Philosophie*,

Excursus: el concepto de «cuerpo humano» según santo Tomás

Cuerpo es todo aquello compuesto de materia y forma: «Omne compositum ex materia et forma est corpus»¹⁴. El «cuerpo humano», por ser cuerpo, está compuesto de materia y forma; sin embargo, lo que hace específicamente humano a este cuerpo es la unión íntima con su forma humana: el alma espiritual.

La expresión «cuerpo humano», por tanto, contiene ya la composición de materia y forma espiritual; no podemos hablar de «cuerpo humano» considerándolo sólo como cuerpo, porque, en cuanto cuerpo humano, se define siempre como informado por un alma espiritual. «Anima rationalis est forma in homine, qua corpus est corpus»¹⁵. Ni siquiera podemos hablar de cuerpo y alma en una especie de oposición, como si fuesen dos sustancias específicamente distintas; debemos hablar del único hombre que existe: «Anima et corpus non sunt distincta sicut res diversorum generum vel specierum...»¹⁶. «Una enim et eadem forma est per essentiam, per quam homo est ens actu, et per quam est corpus, et per quam est homo»¹⁷. Por tanto, *stricte dicte*, es incorrecto decir que el cuerpo humano es para el alma, porque la expresión «cuerpo humano» ya contiene el alma espiritual.

III. CARACTER SEXUAL DEL CUERPO HUMANO

1. El lenguaje del cuerpo sexual

El hombre y la mujer expresan con el lenguaje de sus cuerpos toda

1. II, secc. II, cap. III, 41, en *Husserliana*, vol. IV, p. 158. Véase también M. Merleau-Ponty, *Phénoménologie de la perception*, p. 117.

¹⁴ Tomás de Aquino, *Summ. Theol.*, I, q. 3, a. 2, sed c.

¹⁵ *De Spirit. Creat.*, a. 3, 5, sed c.

¹⁶ *Q. Disp. De Anima*, 9, 18.

¹⁷ *Summ. Theol.*, I, Q. 76, a. 6, 1.

su realidad como personas. A través de gestos y reacciones, por medio de todo el dinamismo recíprocamente condicionado de la tensión y del gozo, habla *el hombre*, la persona. Es justamente la masculinidad y feminidad la fuente directa del lenguaje corporal. El cuerpo humano no es sólo el campo de reacciones de carácter sexual, sino que es, al mismo tiempo, medio de expresión de todo el hombre, de la persona, que se revela a sí misma por medio del «lenguaje del cuerpo». Este lenguaje del cuerpo va más allá de la sola capacidad de reacción sexual. Ésta, como expresión auténtica de la persona, está sometida a la realidad total del ser hombre o mujer, que la trasciende. En el nivel de este «lenguaje del cuerpo», el hombre y la mujer se manifiestan a sí mismos recíprocamente del modo más pleno y más profundo, justamente por la misma dimensión somática de la masculinidad y de la feminidad. El cuerpo, en cuanto sexual, expresa la vocación del hombre a la reciprocidad y a la donación mutua de sí.

La corporeidad es el tejido unitivo en el cual yo y el otro nos interpretamos mutuamente; posibilidad de relación, síntesis de un encuentro en el cual mi existencia está condicionada por la existencia del otro. El cuerpo del otro está constantemente presente y ausente como también el mío lo está para el otro. En la sexualidad el hombre puede aferrarse a la carne como a un ídolo, pero puede también acercarse al otro como participación de un don, como trascendencia de sí en el otro.

2. La dualidad sexual

a) Diversidad y complementariedad

Corporeidad y sexualidad no se identifican *completamente*. Si bien el cuerpo humano lleva en su constitución normal los signos del sexo y es, por naturaleza, masculino o femenino, sin embargo, el hecho de que el hombre sea «cuerpo» pertenece más profundamente a la estructura del sujeto personal que el hecho de ser en su constitución somática hombre o mujer.

Con todo, lo quiera o no, el hombre es un ser sexual en su constitución somática, y esta característica determina su ser. Es una realidad de importancia primaria con la cual la naturaleza, inexorable en sus designios, nos obliga a contar. Es evidente que el hombre 209

existe en abstracto; más bien existe, siempre y sólo, en dos posibles modos: o «el modo masculino» o «el modo femenino». Tanto un modo de existencia humana como el otro, tomados separadamente, revelan un comportamiento específico, tienden a una manera particular de proyectar el mundo, se manifiestan con una lógica particular y son inconfundibles en su obrar. La dualidad sexual es uno de los datos fundamentales del ser humano, y ninguna corriente de pensamiento igualitaria lo puede negar.

A su vez, la sexualidad es un componente esencial de la personalidad, un modo propio de ser, de manifestarse, de comunicarse con los demás, de sentir, de expresarse y de vivir el amor humano. Como dice Comelio Fabro: «Nacer hombre o mujer no es un hecho indiferente para la existencia del individuo; no es una circunstancia que sólo repercute en el armazón anatómico del organismo, en la fisonomía de los miembros y en las funciones biológicas, sino que lleva en sí una condición de ser que orienta sin demora el movimiento de la conciencia que debe “proyectarse” hacia el futuro en una dirección obligada»¹⁸.

La persona humana está tan profundamente influida por la sexualidad que ésta se considera como uno de los factores que dan a la vida los caracteres distintivos principales. «De hecho, la persona humana deriva del sexo las características que, en el plano biológico, psicológico y espiritual, la hacen hombre o mujer, condicionando enormemente de este modo el camino de su desarrollo hacia la madurez y su inserción en la sociedad»¹⁹. «La sexualidad caracteriza al hombre y a la mujer no sólo en el plano físico, sino también en el psicológico y espiritual, marcando cada una de sus expresiones»²⁰.

Alexis Carrel, autor del famoso libro *El hombre, este desconocido*, escribe acerca del problema femenino: «Las diferencias que existen entre hombre y mujer no se deben simplemente a las particulares formas de los órganos genitales, a la presencia del útero, a

¹⁸ C. Fabro, *Problemi dell'esistenzialismo*, 87.

¹⁹ Congregación para la doctrina de la fe, *Declaración sobre algunas cuestiones de ética sexual, Persona humana*, 29 de diciembre de 1975, en *Acta Apostolicae Sedis* 68 (1976) 77, n. 1.

²⁰ Congregación para la Educación Católica, *Orientaciones educativas sobre el amor humano*, 1 de noviembre de 1983, n. 4.

la gestación o a la educación. Tienen su origen en una causa más profunda, la impregnación de todo el organismo de sustancias químicas producidas por glándulas sexuales. La ignorancia de este hecho fundamental es lo que ha llevado a los promotores del feminismo a la idea de que los dos sexos pueden tener la misma educación, las mismas ocupaciones, los mismos poderes, las mismas responsabilidades. En realidad la mujer es profundamente distinta del hombre. Cada célula de su organismo lleva el sello de su sexo. Lo mismo debe decirse de los sistemas orgánicos y, sobre todo, de su sistema nervioso. Las leyes fisiológicas son tan inexorables como las astronómicas. Es imposible sustituirlas con deseos humanos. Estamos obligados a aceptarlas como son. Las mujeres deben desarrollar sus actitudes en la dirección que marca su naturaleza sin buscar imitar a los hombres. Su tarea en el progreso social es más elevada que la de los hombres. No conviene que la abandonen»²¹.

b) *Diferencias anatómicas y morfológicas*

El individuo crece y se desarrolla bajo la acción de sustancias excitantes e inhibitoras llamadas hormonas. En la formación del organismo, sea masculino o femenino, son fundamentales las *hormonas sexuales* que a su vez dependen de los genes x e y ²². En condiciones normales, el organismo se plasma anatómica, morfológica y fisiológicamente de una manera distinta y complementaria. El femenino, de forma que un día pueda realizar las funciones de la *maternidad*. El masculino, de modo que pueda desarrollar las funciones de la *paternidad*.

Además de las diferencias estrictamente ligadas a los órganos de la reproducción, la mujer tiene la pelvis más ancha, una proporción tronco-extremidades distinta; su estatura es menor (un promedio de 10 cm); el aparato esquelético y muscular es más pequeño, el tejido

²¹ A. Carrel, *L'homme, cet inconnu*, Pión, París 1935, pp. 103-104.

²² El sexo femenino se constituye a partir de dos cromosomas iguales, que se designan con la letra x ; en la especie humana la mujer es genéticamente determinada por la fórmula xx . El sexo masculino tiene un cromosoma sexual igual al x de la mujer y otro distinto, designado con la letra y ; el hombre es genéticamente determinado por la fórmula xy .

adiposo más abundante, el aparato fonético más delicado. Las formas del cuerpo femenino se diferencian bastante de las del cuerpo masculino. «En el cuerpo de la mujer la carne tiene siempre finísimas curvas»²³. Cualquier parte del cuerpo de la mujer, incluso aquella menos diferente de la del hombre, manifiesta la feminidad. Porque «no son las formas corporales que *luego* vamos a calificar de peculiarmente femeninas las que nos señalan un extraño modo de ser humano profundamente distinto del masculino y que llamamos «feminidad», sino más bien al contrario: todas y cada una de las porciones de su cuerpo nos com-presentan, nos hacen entrever la intimidad de aquel ser que desde luego, nos es *la* Mujer, y esta feminidad interna, una vez advertida, rezuma sobre su cuerpo y lo feminiza. La advertencia es paradójica, pero me parece innegable: no es el cuerpo femenino quien nos revela el «alma femenina», sino el «alma» femenina quien nos hace ver femenino su cuerpo»²⁴.

Desde el punto de vista fisiológico, el *metabolismo* de la mujer es más bajo; la *temperatura* es inconstante, desciende antes de la rotura del folículo ovárico y después crece. El *desarrollo* de la mujer sigue un ritmo distinto al del hombre; alcanza la pubertad unos dos años antes que el hombre. La *madurez sexual* está acompañada de fenómenos más intensos; la producción de los óvulos es cíclica, con los fenómenos que hacen posible el anidamiento. La *concepción* y el *desarrollo* de una nueva creatura se da en el seno de una mujer durante un período de nueve meses. El *parto* es algo propio de la mujer.

c) *Diferencias psíquicas*

Las diferencias anatómicas y fisiológicas, ligadas profundamente a la constitución femenina, no pueden sino incidir en su vida psíquica. Las diferencias psíquicas pueden deducirse de la íntima relación existente entre el alma y el organismo biológico informado por ella; el ser humano no es un dualismo espíritu-materia, sino una unidad, y existe una interacción entre la dimensión biológica y la psíquica. Teniendo

²³ J. Ortega y Gasset, *El hombre y la gente*, en *Obras completas*, vol. VII, p. 168. 214

²⁴ J. Ortega y Gasset, *El hombre y la gente*, en *Obras completas*, vol. VII, p. 167.

esto en cuenta, podemos preguntarnos cuáles son las diferencias psíquicas fundamentales entre el hombre y la mujer. Conviene tener presente que no se trata de presencia o ausencia de caracteres diversos sino de variaciones de intensidad y tonalidad.

La mujer generalmente es más sensible, se da cuenta de más cosas, incluso pequeñas, que pueden parecer insignificantes al hombre, hasta el grado de acusarla de meticulosidad y de ser rebuscada; por su parte ella acusa al hombre de ser descuidado. El cuerpo femenino está dotado de una sensibilidad interna mucho más aguda que el masculino. La relativa hiperestesia de las sensaciones orgánicas de la mujer la llevan a sentir que su cuerpo existe para ella más que para el hombre el suyo. Generalmente el hombre olvida su cuerpo: parece que no existe nada entre su yo psíquico y el mundo exterior. La mujer, al contrario, está constantemente ligada a la intensidad de sus sensaciones corporales: en cada momento siente su cuerpo como puesto entre el mundo exterior y su yo psíquico. En consecuencia, su vida psíquica está más unida al cuerpo que la del hombre. La mujer posee un grado de penetración, entre cuerpo y espíritu, mucho más alto que el hombre. En este carácter primario de los sexos se encuentra el porqué del adorno femenino y la preocupación por el propio cuerpo, un dato enigmático que atraviesa la historia de la humanidad de un extremo a otro. Desde esta perspectiva nada hay más natural; la estructura fisiológica de la mujer la lleva a preocuparse por su cuerpo.

La mujer es más afectiva y emotiva. Se conmueve con más facilidad que el hombre. Lloro y ríe más fácilmente. Su afectividad la hace más compasiva, más tierna que el hombre. Su sensibilidad y emotividad influyen en la facultad intelectual, y su inteligencia generalmente se desarrolla de manera distinta que la del hombre.

La inteligencia de la mujer es más intuitiva, mientras que la del hombre es más discursiva. La capacidad de comprender algo puede explicarse de dos modos: por la intuición y por el razonamiento discursivo. Este último exige una elaboración larga y atenta. La intuición, por el contrario, es como una chispa intelectual, una aprehensión instantánea, en un acto único, de las causas en el efecto. El hombre y la mujer gozan de ambos modos de comprensión; pero la mujer es más rica intuitivamente. La inteligencia, con la ayuda del

amor, quema etapas y llega inmediatamente donde la inteligencia discursiva llega mucho más tarde. Piénsese, por ejemplo, en las intuiciones que la madre tiene con respecto a sus hijos o la esposa con respecto al marido.

La mujer es alocéntrica, el hombre es egocéntrico. La mujer tiene como centro de su interés un ser distinto de sí misma al cual se entrega, derramando las riquezas de su afectividad y sensibilidad, y por el cual es recompensada. El objeto de los intereses femeninos es un ser vivo y concreto que está fuera del sujeto, un ser al que la mujer pueda hacer feliz y que la haga feliz. En fin, un ser que la mujer pueda amar en el sentido más pleno de la palabra y por el cual sea, a su vez, amada. La tendencia fundamental del alma femenina es el amor. El amor, en la mujer, generalmente supera el problema del placer, para extenderse completamente al campo psíquico; y la unión moral, sentimental y espiritual con aquél que ama, asume fácilmente el puesto principal en su espíritu. El hombre, en cambio, se inclina más a obrar, indagar, escrutar, construirse una posición, un nombre, una reputación.

Resumiendo, de la diversa constitución de la mujer con respecto al hombre aparece claro que la mujer es más sensible, más afectiva, más intuitiva que el hombre. Es alocéntrica: su mayor interés se dirige a los seres vivos, porque es esencialmente materna; su tendencia fundamental es el amor. La educación, el ambiente, la cultura pueden influir modificando, mejorando o deformando, pero en general no transforman completamente la personalidad²⁵.

d) Distintos, pero complementarios y con los mismos derechos

De lo que hemos dicho podemos deducir y afirmar que es errónea la afirmación: «La mujer es igual que el hombre». La mujer no es igual que el hombre. Otra cosa sería decir que la mujer tiene los mismos derechos que el hombre. Esto es cierto porque los derechos derivan de la naturaleza; hombre y mujer tienen la misma naturaleza. Cuando Dios creó al hombre dijo; «Hagamos al hombre

²⁵ Cfr. V. Marcozzi, *Senso e valore della vita*. Edizioni Paoline, Cinisello Balsamo (MI) 1992, pp. 126 ss.

a imagen y semejanza nuestra; hombre y mujer los creó»²⁶. Ambos tienen la misma naturaleza humana, hecha a imagen y semejanza de Dios; por eso tienen los mismos derechos. Pero dado que tienen distinta personalidad («*masculum et feminam creavit eos*»), cada uno tiene derecho a que le sea respetada su personalidad.

Para el ser humano la dualidad sexual no es una imposición inexorable, sino un complemento y perfección con el otro sexo. Hombre y mujer son complementarios el uno para el otro. El hombre, el *vir*, no es plenamente *homo* sin la presencia de la mujer, ni ésta es totalmente humana sin el complemento del hombre. Toda separación teórica o institucional del hombre y de la mujer, toda marcada preferencia del varón con perjuicio de la mujer contradice la naturaleza misma del ser humano. Hombre y mujer son proyectados como seres *correspondientes* el uno al otro, en el mismo plano, que se relacionan con la palabra, la sonrisa, el llanto, el amor. La dualidad hombre-mujer es una *igualdad* total, si se trata de la dignidad humana; es una maravillosa *complementariedad*, si se trata de los atributos, de las propiedades y de los deberes, unidos a la masculinidad y feminidad del ser humano.

La distinción sexual que aparece como determinación del ser humano es diversidad, pero en igualdad de naturaleza y dignidad. La persona humana, por su íntima naturaleza, exige una relación de alteridad, que implica una reciprocidad de amor. Los sexos son complementarios: semejantes y distintos al mismo tiempo; no idénticos, pero iguales en la dignidad de la persona; son iguales para comprenderse, distintos para complementarse recíprocamente. La estructura propia del hombre es la dualidad para la unidad. Nacidos distintos como hombre y como mujer, han nacido para la unidad, y es precisamente a través de su cuerpo masculino o femenino como esta unidad se realiza.

3. Lo específico de la sexualidad humana

a) El significado «humano» de la sexualidad

Para comprender mejor el significado humano de la sexualidad podemos tomar como punto de referencia el significado humano de la

²⁶ Gen 1,26-27.

mano. Tomando la mano como realidad fisiológica aislada de la totalidad de la persona, nunca será posible determinar en ella las posibilidades específicamente humanas; sólo en la medida en que la mano se asume en la totalidad de la persona, que trabaja, que crea instrumentos..., el significado humano de la mano se hace visible: la mano «humana» es principio de instrumentalidad y de la transformación técnica del mundo al servicio del hombre. Se comprende así que la estructura fisiológica de la mano esté ya orientada a la *globalidad* de la persona.

Algo análogo se verifica en la estructura hombre-mujer y en el significado «humano» de esta estructura. Ser-hombre y ser-mujer no son sólo estructuras objetivas (fisiológicas, biológicas, psicológicas) que se manifiestan en individuos singulares y que pueden también, secundariamente, encontrarse y juntarse.

El significado humano del hombre y de la mujer está precisamente *en la realización inter-personal*. Todo el misterio de la sexualidad humana está en este encuentro intersubjetivo e interpersonal, que no puede ser separado de las condiciones corpóreas. Se puede aceptar la tesis de Y. Pellé-Douel: «De modo particular se afirma que la sexualidad humana se da únicamente en las realizaciones entre seres humanos que se reconocen como tales; es necesario insistir en el adjetivo «humano». Esto significa que la sexualidad no es ni masculina ni femenina sino que es el hecho del hombre, *homo*, que son dos y que se manifiestan en la reciprocidad. Reciprocidad se da sólo donde dos seres existen plenamente, donde se da alteridad»²⁷.

En este contexto de encuentro interpersonal se revelan las posibilidades «humanas» de todos los componentes del hombre y de la mujer: diferencias fisiológicas, psicológicas, etc. A la sexualidad pertenece de modo específico la fecundidad, que no consiste solamente en una estructura biológica y fisiológica del hombre y de la mujer, sino que conlleva también, a nivel humano, una dimensión interpersonal: establecer un nuevo diálogo con un nuevo ser.

b) *La sexualidad es más amplia que la genitalidad*

La sexualidad humana no trata sólo de una función, sino del ser

²⁷ Y. Pellé-Douel, *L'homme et la femme en Etudes philosophiques* 23 (1968) 153.

personal humano; no es sólo una actividad encaminada a un fin, sino la realización del hombre en cuanto hombre. Con esto no decimos que la sexualidad sea el componente principal y exclusivo (Freud) del hombre, pero sí que impregna su constitución corpórea, sus sentimientos, su sensibilidad, su voluntad, su pensamiento y hasta su relación con Dios.

Por esto la sexualidad no puede ser considerada como limitada o localizada en la genitalidad²⁸. Obviamente todos los fenómenos genitales son sexuales; hay, sin embargo, muchos otros fenómenos sexuales que no tienen nada que ver con la genitalidad. La ecuación «sexual = genital» no existe. La sexualidad es una dimensión global de la persona, una dimensión no solo física sino también psíquica. Esta extensión y amplificación del sentido de la sexualidad indica que no podemos reducir la sexualidad a una mera función biofísica del cuerpo. De hecho la sexualidad abraza a toda la persona humana. *Ser hombre o mujer pertenece al ser constitutivo de la persona. La sexualidad, por tanto, no es una condición «añadida» a la persona, sino que es una determinación fundamental y central de su ser humano.* La influencia de la sexualidad en el mundo personal repercute en todas las manifestaciones de la vida personal y social. En la medida en que el sexo no es accesorio para la naturaleza del hombre y no es solamente una capacidad funcional sino que radica en su totalidad personal, se deriva que la relación entre el hombre y la mujer puede ser realizada de manera justa únicamente como comunión personal. De aquí se deriva el aspecto ético.

Así, la sexualidad se refiere a la persona, la cual está a su vez en constante evolución y desarrollo; por eso la misma sexualidad es una realidad dinámica. De hecho, muchos de sus elementos están sujetos, desde el nacimiento hasta la muerte, a la ley de una continua evolución que implica el mismo crecimiento dinámico del individuo. La sexualidad tiene su dinamismo intemo propio: va del interés centrado en sí mismo al interés hacia el otro; del amor a sí al amor al otro. De ahí

²⁸ K. Wojtyła, *Amor y responsabilidad*, p. 51-52: «... de la filosofía depende una visión completa de la tendencia sexual estrechamente ligada a la existencia de la especie *Homo* que presenta por esto mismo -como habíamos dicho poco antes- no solamente un carácter biológico sino también existencial».

que no todos se encuentren, en un momento dado, en la misma fase del desarrollo psico-sexual. Una sana maduración sexual implica la capacidad de poder aceptar la propia sexualidad y la de los otros como esencialmente constitutiva del ser humano.

Que la sexualidad vaya más allá de la genitalidad y constituya una perfección de la persona era ya conocido por santo Tomás quien afirma que el sexo resucitará²⁹. Tomás distingue en la naturaleza humana una «prima perfectio», ligada a las necesidades y emergencias terrenas; y una «ultima perfectio», propia de la resurrección. El significado de la sexualidad, considerada en su actuar genital, se agota dentro de los confines de la vida terrena; pero su ser, como tal, supera estos confines y desemboca en la resurrección. ¿Por qué? Porque el ser sexual pertenece a la perfección de la naturaleza humana tanto en la especie como en el individuo³⁰ y, ya que en la resurrección se tendrá todo lo que pertenece a tales perfecciones, podemos afirmar que, también entonces, estará presente la sexualidad³¹.

Este significado propio de la sexualidad, que perfecciona la personalidad, es tal que justifica su presencia en el hombre incluso cuando la sexualidad no se ejercita a nivel genital. Santo Tomás pone el ejemplo del Verbo Encamado, el cual, asumiendo un cuerpo humano, asume la sexualidad pero no con el fin de ejercitarla³², sino porque también ella forma parte de la perfección de la naturaleza humana. En este sentido, ¿podemos decir que la sexualidad perfecciona la personalidad? ¿Cuál es la naturaleza de esta perfección que, en la sexualidad, acompaña su fin procreador? Santo Tomás no profundiza este tema, pero aquí se halla en germen toda la teoría de las cualidades espirituales del hombre y de la mujer, en su recíproca complementariedad; teoría desarrollada por la sexología contemporánea y apoyada por el reciente Magisterio de la Iglesia. Así se abandona la idea de la feminidad como masculinidad imperfecta, y se reconoce a la feminidad una específica espiritualidad complementaria a la masculina, renunciando a identificar esta última con la perfección de la naturaleza humana.

c) Consecuencias prácticas para la virtud de la castidad

Hemos dicho que la sexualidad va más allá de la genitalidad y

que, dentro de una perspectiva religiosa católica, en la resurrección llegan a plena maduración las cualidades espirituales propias del hombre y de la mujer, aun sin el ejercicio de la genitalidad, exclusivo de la vida terrena. Esta perspectiva desarrollada por la teología de la sexualidad nos presenta el significado más profundo de la castidad, el escatológico, y que en último caso corresponde a la profesión del voto religioso de castidad. Así se comprende que el Concilio Vaticano II haya presentado la vida religiosa como signo prefigurativo de la misma vida resucitada²⁹. La castidad es vivir la sexualidad como será vivida cuando alcance su perfección suprema en el más allá.

La relación afectiva entre el hombre y la mujer, en la mutua coordinación de las cualidades espirituales propias de ambos, constituye el modelo último de la castidad para todos los hombres, independientemente del estado de vida. Conviene mirar, por tanto, tales condiciones finales de perfección moral como el modelo definitivo de nuestro actuar moral en esta vida. El tener en cuenta en la vida presente el modelo escatológico de la castidad contribuirá a valorar, en su justa medida, la relación entre el hombre y la mujer, independientemente del estado de vida, y a ver con otros ojos las atracciones seductoras del erotismo.

La perfección última de la sexualidad humana (perspectiva escatológica) nos hace comprender que la sexualidad no termina su tarea en la perspectiva de la generación física en el matrimonio (aunque sea santa, no obstante su aspecto terreno), sino que extiende su influjo a todo el ámbito de la persona, de sus potencias y actividades, poniendo así las bases de una relación entre el hombre y la mujer, representada en esta tierra por la castidad religiosa, mucho más profunda que la sola relación genital; una relación entre el hombre y la mujer que debe constituir la llama interior de cualquier otra relación más superficial, genital o no genital, y que es la garantía de un amor verdaderamente interpersonal³⁰.

d) Características específicas de la sexualidad humana'

El sexo en el hombre no es sólo material, corporal, extemo al ser humano, sino que es una realidad profunda, íntima, que inunda toda su

²⁹ Cfr. *Lumen Gentium*, 44.

³⁰ K. Wojtyła, *Amor y responsabilidad*, p. 184.

personalidad. Para ilustrarlo tomamos como ejemplo, por su alto contenido simbólico, tres aspectos de la actividad sexual humana: la incongruencia de las curvas de excitación masculina y femenina, la ausencia de períodos de celo y el fenómeno de la excitación y de la emoción.

La estructura instintiva humana, una realidad en apariencia puramente animal, contiene sorprendentes referencias a lo que es típicamente humano y trasciende la experiencia instintiva. La índole sexual del ser humano y la facultad humana de generar, son diferentes y superiores respecto a cuanto sucede en los estados inferiores de la vida.³¹

1. La incongruencia de las curvas de excitación masculina y femenina

Es bien sabido que la excitación masculina sube de manera abrupta y desciende también bruscamente; en la mujer, por el contrario, la excitación y el retomo a la normalidad son lentos y largos. Si cada uno de los dos compañeros, en el ejercicio de esta actividad, pensara sólo en sí mismo, seguramente dejaría al otro insatisfecho.

Quien juzgara estas incongruencias y carencias de sintonía en la estructura instintiva del hombre y de la mujer solamente desde el punto de vista fisiológico, podría concluir que existe una imperfección en la naturaleza y que, por esta incongruencia, uno de los dos (por lo general la mujer) se sentiría frustrado en la relación del acto sexual.

Pero si tomamos la sexualidad humana como en realidad es, vemos que las leyes fisiológicas manifiestan algo trascendente. De hecho, la diversidad en las curvas de excitación masculina y femenina pone un freno al hombre porque así no se deja arrastrar por el instinto de forma «animal y ciega», e invita al hombre y a la mujer a realizar el acto sexual de forma “humana”. *Lo específico de la sexualidad humana está en que su ejercicio implica la presencia del hombre entero y la trascendencia de la pura naturaleza.* La condición de creatura del cuerpo es algo más y algo distinto de su mera naturalidad. Esta condición de creatura significa que, en cada instante, el hombre está llama-

³¹ Cfr. *Gaudium et Spes*, 51.

do a proyectarse hacia lo que es específico de su humanidad y, por tanto, a trascender su pura naturaleza³². Esta verdad, que es válida para toda la persona humana, lo es también para su aspecto corporal, porque el cuerpo con su libido es manifestación del hombre; y así como el hombre en su integridad es un ser dialógico, abierto al otro, lo es también en su corporeidad sexual.

La diversidad-complementariedad de la naturaleza sexual masculina y femenina impide, por lo tanto, el dejarse llevar solamente por el instinto, y esto no por «razones superiores» sino por la naturaleza misma. La diversidad sexual es un desafío que requiere una respuesta responsable. Expone al hombre tanto al fracaso como al triunfo en la realización de su sexualidad. *Y en todo caso ofrece la posibilidad de una comunicación humana y no simplemente de una cópula aún animal.* Por sí misma, y no por una reflexión superior de carácter ético, la estructura sexual del hombre tiene una dignidad y una nobleza propias, en cuanto elemento fundamental del hombre. No son entonces las decisiones éticas las que ennoblecen la sexualidad humana, sino que es la estructura misma de esta sexualidad la que impone al hombre entero un comportamiento ético.

Esto es lo específico de la sexualidad humana; es humana no sólo porque depende directamente del intelecto y de la voluntad, sino de la misma naturaleza. Cuando la libido se quiere a sí misma, no puede quererse en *exclusiva*, sino que debe abrirse al otro. La sexualidad humana debe llevar siempre en sí misma el elemento «diacónico» para no permanecer estéril y deformada. La incongruencia de la naturaleza en las curvas de excitación sexual masculina y femenina podrá ser una imperfección a nivel ontológico-natural, pero no a nivel *humano*; precisamente por esta incongruencia se trasciende el automatismo de los procesos instintivos animales, y la sexualidad del hombre es «humana».

2. Ausencia de períodos de celo

Esta es otra característica de la sexualidad humana que manifiesta cómo los fenómenos fisiológicos, por el hecho de

³² K. Wojtyła, *Amor y responsabilidad*, pp. 316ss.

pertenecer al cuerpo humano, trascienden una interpretación meramente fisiológica. En el animal, la actividad instintiva sexual tiene un carácter totalmente automático. El encuentro del macho con la hembra en celo no está subordinado a ninguna decisión o elección; tiene algo de fatal. De igual modo, el ritmo de los períodos de celo está regulado de manera automática.

Este carácter automático no se encuentra en el hombre. No existe en el hombre «normal» ninguna actividad instintiva vinculante sin más. La razón de esto, en relación con la sexualidad, es la ausencia de períodos de celo; a lo más existen determinados estímulos hormonales que se manifiestan en la intensificación del instinto. Gracias a esta ausencia, el hombre escapa del ciclo del tiempo.

De modo análogo a lo que hemos visto en relación con las curvas de excitación masculina y femenina, la ausencia de los períodos de celo y, por ello la exclusión del ritmo de la naturaleza, podría parecer, a primera vista, como un defecto y una pérdida. Además, podríamos preguntarnos si se trata de un progreso o un retroceso respecto al plano animal. La pregunta es importante sobre todo si se consideran la inestabilidad y los desórdenes que se dan en el hombre por falta de estos ritmos; son aspectos negativos que el animal se ahorra. A diferencia del hombre, el animal difícilmente puede equivocarse o fallar; pero errar es humano.

El hecho de que el hombre sea excluido de la determinación instintiva no es un *minus*, sino otra oportunidad que revela su grandeza. La disminución de su potencia instintiva, como ser natural, le ofrece la oportunidad de orientarse libremente. La vida se le presenta organizada, no determinada por los ciclos de los instintos; así el hombre está expuesto al riesgo, y tiene la oportunidad y el deber de preguntarse cuál es el sentido de la actividad sexual. De ahí que la posibilidad de fallar se convierta en un privilegio del que sólo goza el hombre.

La carencia de una determinación natural de la sexualidad humana y de las relaciones de los sexos, produce precisamente un impulso de humanización. El paso de una determinación natural a la capacidad de actuar consciente y responsablemente es una prerrogativa del hombre y, al mismo tiempo, una obligación. Este paso que

designamos con el nombre de «autotranscendencia del hombre» está ya presente en la estructura sexual del hombre.

3. *La excitación y la emoción*

El ser humano está sujeto a particulares reacciones ligadas a la recíproca influencia de la masculinidad y feminidad. Este problema que pertenece más a la psicología que a la biología está en estrecha relación con el dominio de sí. Un atento análisis de la psicología humana demuestra que, en las relaciones interpersonales en las que se encuentra el influjo recíproco de la masculinidad y de la feminidad, se produce en la persona una doble reacción: *la excitación y la emoción*.

Estas dos reacciones, aunque se dan juntas, pueden distinguirse respecto a su objeto. La diferencia objetiva entre ellas consiste en que la excitación es sobre todo «corpórea» y, en este sentido, «sexual»; mientras que la emoción, aunque suscitada por el influjo recíproco de la masculinidad y de la feminidad, se refiere sobre todo a la persona en su totalidad.

La excitación busca sobre todo expresarse en la forma de placer sensual y corpóreo y tiende al acto sexual; mientras que la emoción provocada por otro ser humano, aunque también está condicionada por la feminidad o masculinidad del otro, no tiende de por sí al acto sexual, sino que se limita a otras manifestaciones emotivas.

Esta distinción entre emoción y excitación es *específicamente humana*. La sexualidad humana se debe expresar en la capacidad de dirigir, ya sea la excitación hacia su adecuado ejercicio o la emoción hacia la intensificación de su carácter desinteresado. La diferencia entre excitación y emoción no es una contraposición. No significa que el acto sexual, como efecto de la excitación, no implique al mismo tiempo una emoción. Al contrario, en el acto sexual humano la unión íntima debería comportar una particular intensificación de la emoción. *La distinción entre excitación y emoción prueba, una vez más, la especificidad de la sexualidad humana, que excluye cualquier reducción al puro instinto.*